

AÑORANZAS DE PAZ O AYES DE GUERRA

ἐξ οὗ Οδυσσεύς

ᾤχετο, ἐποφόμενος καχοῖλιον οὐκ ὀνομάστην.
Desde que Ulises se fué a ver esa malhadada Troya nunca nombrable...

Homero, *Odisea*, 19, 597.

Cantor de las guerras es Homero, pero cantor sincero. Con esa objetividad clarividente con que descubre la esencia de las cosas, ve las guerras como un montón de ruinas, como un lago de lágrimas y sangre. Y hace sentir al alma su tragedia inmensa, y de lo más hondo del corazón afloran a los labios desahogos de seres desgraciados que maldicen su tragedia. Son ansias de la paz, son detestaciones de la guerra, son añoranzas de otro bien perdido, son de las penas que la guerra trae la confesión sincera.

Qué bien decía Néstor a Telémaco: «¡Oh amigo! Me traes a la memoria las calamidades que en aquel pueblo padecimos los aqueos, indomables por el valor, unas veces vagando en las naves por el sombrío ponto hacia donde nos llevaba Aquiles en busca de botín y otras combatiendo alrededor de la gran ciudad del rey Príamo. Allí recibieron la muerte los mejores capitanes: allí yace el belicoso Ayante; allí Aquiles, allí Patroclo —consejero igual a los dioses,— allí mi amado hijo fuerte y eximio, Antíloco, muy veloz en el correr y buen guerrero. Padecimos, además, muchos infortunios. ¿Cuál de los mortales hombres podría referirlos totalmente? Aunque deteniéndote aquí cinco o seis años te ocuparas en preguntar cuántos males padecieron allá los divinos aqueos, no te fuera posible saberlos todos sino que antes de llegar al término, cansado ya, te irías a tu patria tierra. Nueve años estuvimos tramando cosas malas contra ellos y poniendo a su alrededor asechanzas de to-